

citios en Yermuk, y se vió á Kaled en esta batalla desempeñar alternativamente los deberes de un capitán insigne, de un ferviente devoto y de un caritativo enfermero. Por ambas partes la tenacidad y la valentía tuvieron indecisa la victoria: finalmente, fué abatido el lábaro delante del estandarte del Profeta.

Asedio de Jerusalem.—Hallándose desde entonces sin defensa la Siria (637), la recorrieron los musulmanes como dueños del territorio, y se encaminaron á una ciudad igualmente sagrada para ellos, para los cristianos y para los judíos. Llegado que hubo Abu-Obeidah con todo el ejército á la árida llanura que rodea á Jerusalem, envió á sus habitantes la intimación de costumbre: «Salud y felicidad á los que caminan por la buena senda. Ordenamos declarar que no hay más que un Dios, y Mahoma es su Profeta; de lo contrario pagad tributo y sed nuestros súbditos. Si así no lo hicieris, guiaré contra vosotros hombres para quienes es más grata la muerte que para vosotros beber vino y comer carne de cerdo.»

Habían reparado las victorias de Heraclio la ciudad de David, y como trofeo de aquellas se había vuelto á llevar allí el madero de la cruz, que inspiraba confianza en los milagros y constancia en la defensa. Pero viendo el patriarca á los cuatro meses de asedio que no había que aguardar ningún socorro, propuso entregar la plaza, á condición de que la capitulación tuviera por garantía la autoridad y la presencia de Omar. La santidad de la ciudad y su importancia parecieron al califa merecer que llegara á tomar posesión de ella en persona. De consiguiente se puso en marcha desde Medina sobre un camello con todas sus provisiones, reducidas á un saco de avena, otro de dátiles, un tajo y un bote de agua. Dirigiéndose de esta suerte como peregrino á la ciudad de los profetas, administraba justicia en el camino y reprimía las malas costumbres. Como encontrara á algunos tributarios que, á causa de no haber podido pagar su deuda, estaban espuestos por su amo al sol cuando estaba en su mayor fuerza, les mandó soltar, diciendo que había oído decir al Profeta: «No aflijais á los hombres en este mundo, ó seréis castigados el día del juicio.» Más lejos le presentaron un árabe, que con arreglo al antiguo uso del país, se había casado con dos hermanas nacidas del mismo padre y de la misma madre. Haciéndole presente Omar que el islam prohibía semejantes matrimonios, se arrepintió de haberlo abrazado: entonces Omar le dió con su bastón en la boca, y le obligó á dejar una de sus dos mujeres, amenazándole con que, si alguna vez tocaba á aquella á quien le mandaba repudiar, ordenaría que fuera apreado como adúltero. También encontró á un anciano que porque le sacaran agua, dieran de beber á sus caballos y le prestaran otros servicios, entregaba su mujer á un mancebo, poseyéndola cada uno de ellos á su vez por espacio de veinte y cuatro horas. Omar le reprendió y amenazó de

muerte al mancebo si volvía á acercarse á aquella mujer.

Cuando llegó á Jerusalem firmó la capitulación (9) y entró en la ciudad santa platicando con el patriarca Sofronio. Sorprendiéndole la hora de la oración en la iglesia de la Resurrección, no quiso hacerla en su recinto por no suministrar con su ejemplo un pretexto á los musulmanes, que, pretendiendo orar donde él lo había hecho, perturbarían la religión ajena. Mandó construir sobre el sitio que ocupaba el templo de Salomón una mezquita que aun lleva el nombre de Omar.

De vuelta en Medina dividió el ejército en dos cuerpos, uno á las órdenes de Amru y de Yezid, tuvo encargo de avasallar el resto de la Palestina: otro, mandado por Abu-Obeidah y Kaled, fué á atacar á Antioquia y á Alepo. Esta última ciudad

(9) I. Al rendirse á los musulmanes los cristianos de la noble ciudad, conservarán el ejercicio público de su religión, aunque no podrán edificar nuevas iglesias en la ciudad ni en su territorio.

II. Los cristianos no escluirán á los musulmanes de las iglesias, á fin de que éstos observen si en sus reuniones se trama algo contra el público sosiego.

III. Los habitantes deberán tener abiertas sus casas á toda clase de viajeros y de peregrinos, para que puedan servirles de alojamiento.

IV. Si un viajero musulmán no tuviera con qué mantenerse, estarán obligados los cristianos á proveerle de víveres gratuitamente, aunque no por más de un día, á menos que una enfermedad ó el cansancio le impidan proseguir su viaje.

V. No hablarán los cristianos con menosprecio del Corán á sus hijos, ni estorbarán á ninguno de ellos que abrace el islamismo.

VI. Tendrán los cristianos el conveniente respeto á los musulmanes, á quienes deberán ceder el puesto de honor.

VII. No se vestirán á la musulmana. Les serán prohibidas las fórmulas ordinarias de los saludos; deberán ser diferentes sus nombres y apellidos de los de los verdaderos creyentes.

VIII. Serán asnos ó mulas las cabalgaduras de los cristianos y no llevarán armas. Tampoco emplearán caracteres árabes en las inscripciones sobre sus iglesias, sus casas y sus sellos.

IX. Les será prohibido vender vino y otros licores espirituosos, sin especial permiso. No podrán dejar correr los cerdos por las calles.

X. Llevarán vestidos oscuros, y llevarán ceñido un cinturón de cuero tanto en la ciudad como yendo de viaje.

XI. No podrán erigir la cruz sobre las iglesias, ni echar las campanas á vuelo, solo repararlas; y cuando se rompan, no podrán refundirlas.

XII. No espiarán las acciones de los musulmanes ni se convertirán en delatores.

XIII. Deberán pagar exactamente el karacht (tributo impuesto á todos los infieles en la edad de la pubertad).

XIV. Reconocerán á perpetuidad la autoridad de los califas, y nunca harán nada contra ella directa ni indirectamente.

XV. El califa asegura á los cristianos su vida, su fortuna y la libertad de su culto. La protección del emperador de los fieles será inmediata y perpétua.

debió á su pronta sumisión más favorables condiciones: la ciudadela, que se resistió tenazmente, fué tomada por sorpresa.

Si Heraclio hubiera tenido valor para ponerse al frente de sus tropas cuando parecía renacer el valor de los sirios para la defensa de la patria, hubiera repelido hácia la Arabia aquel impetuoso torrente, á que ya no fué posible oponer resistencia después de haber roto los primeros diques. Pero se había inficionado locamente de una nueva herejía, y cuando vió condensarse la nube, no supo más que prosternarse delante de los altares de Antioquia, implorando misericordia por sus culpas y las de su pueblo: acto continuo huyó de la Siria para refugiarse á Constantinopla (638). Entonces abre Antioquia sus puertas. El príncipe Constantino, que tenía cuarenta mil hombres de tropas de refresco en Cesarea, irritado ó desalentado por la fuga de su padre, corre á refugiarse á su lado en vez de marchar contra el califa. Abandonados á sí mismos, los cesareanos se someten á los musulmanes; y en breve estos ocupan á Tiro, Trípoli, Ramla, Tolemaida, Siquem, Gaza, Ascalon, Berito, Sidon, Gabala, Laodicea, Hierápolis, arrebatadas para siempre al imperio, que, siete siglos antes, las había conquistado de los Seleucidas, ó las había arrancado la libertad. Solo los Mardaitas, raza belicosa guarecida en el Líbano y en las montañas entre Mopsuesta y la IV Armenia, se mantuvieron independientes y rechazaron del Asia Menor á los musulmanes.

La guerra, acompañada de todos los horrores inherentes á las luchas de religión, costó cara á los vencedores, disminuidos en número de veinte y cinco mil de resultados de una epidemia. ¿Y qué les importaba eso? ¿No eran mártires de la fe? ¿No eran recogidas sus almas en el gargüero de los pájaros que se alimentaban con la fruta del Paraíso y bebían de sus fuentes? Poco tardaban otros en correr á llenar los huecos que habían quedado en las filas; así se vió á los musulmanes trasponer en los años siguientes las cumbres del Tauro, someter la Cilicia y hacer temblar á la ciudad de Constantino. Luego que Otman permitió lo que Omar había vedado, Mohaviah, nuevo gobernador de la Siria, hizo construir con las maderas suministradas por los bosques del Líbano una escuadra de mil setecientas velas (648), con la cual dominó en el Mediterráneo. Saqueó á Cartago, luego á Chipre, á las Cíclades y á Rodas, donde fueron vendidos los restos del famoso coloso del Sol á un judío de Edesa, quien los cargó en novecientos camellos (10). Envalentonado por sus triunfos atacó la escuadra griega, mandada por Constante II, y la aniquiló en la jornada de Yacubé. Constantinopla aguarda de un instante á otro ver al enemigo surcar las olas del Helesponto, y Mohaviah se

aprestaba realmente á acometer esta empresa cuando supo la muerte de Otman. Entonces concibió la esperanza de ascender al califato, y la guerra civil que estalló detuvo las expediciones contra los rumos (655).

Persia.—Señalábanse en Persia las armas musulmanas por otras victorias. Cosroes II había empleado todas sus fuerzas contra el imperio griego, y los rápidos triunfos que sobre él obtuvo Heraclio, demuestran cuán debilitada y desunida estaba aquella nación, no obstante su pomposa apariencia y su estension tan grande de terreno. Habiendo querido este príncipe sustituir al fin de sus días Merdaz á Siroes, su primogénito, para dejarle la corona, había disgustado á los soldados que favorecían á Siroes. Apoderáronse de su persona, y le depusieron después de un reinado de treinta y nueve años (628), de la misma manera que él había depuesto á su abuelo Hormisdas. Fué metido en un calabozo, cargándole de cadenas el cuello y los brazos; vió á sus demás hijos asesinados delante de sus ojos, y él mismo fué atravesado á flechazos (11).

Siroes entabló negociaciones con Heraclio, y en virtud de ellas fueron puestos en libertad todos los prisioneros; pero en breve llegó á destruir la esperanza del país la muerte de Siroes. Tuvo por sucesor á Adeser, de edad de siete años, que fué degollado seis meses después por Sarbazas, general de Cosroes (629) que se apoderó de la diadema de los shahs y reinó receloso siempre de la real familia. Esta encendió una guerra civil en cuyo curso fueron elevados alternativamente al trono muchos príncipes y muertos.

Isdegerdes III, 16 junio de 632.—Por último concordó el pueblo en ceñir la corona á Isdegerdes III, sobrino verdadero ó supuesto de Siroes, desde el cual contaron los persas una nueva era, que empezaba diez después de la muerte de Mahoma.

Ya habían amenazado los árabes á la Persia en vida del Profeta: atacáronla á la sazón directamente, y el trillustre rey de los reyes, confió el mandil del herrero al valiente y voluptuoso Rostam. Encontró á los musulmanes en la llanura de Cadesia, y se renovó muchos días la batalla: por último la cabeza de Rostam, levantada en la punta de la lanza de un sarraceno, determinó la fuga de los suyos, y la victoria quedó por parte de los invasores (636).

Dueños los califas del Irak (*Asiria*), fundaron la ciudad de Basora, un poco más abajo de la confluencia del Tigris con el Éufrates, y en una situación ventajosa para el comercio de la India. Aquellos persas, tan formidables para los romanos, no supieron ahora defender contra los árabes, pue-

(11) Del *Talk-i-Kosru*, ó palacio de Cosroes, queda todavía un gran pórtico de 85 piés de elevación por 76 de anchura, y de 148 piés de largo, que pretenden haber sido hendido en la misma noche en que nació Mahoma.

(10) Una exajeración más para añadir á las que se encuentran en este relato.

blo errante y sin arte de la guerra, las *dos ciudades*, como ellos llamaban a Modain, formada de Seleucia y Ctesifonte, ésta situada al oriente y aquella al occidente del Tigris. Ciertas profecías anunciaban el fin del imperio persa; de suerte que después de una corta resistencia los ladrones del desierto se entregaron a la alegría en la capital del pueblo más rico. Admirábanse allí en efecto, palacios de oro, tronos de oro, salones de oro, alfombras de inmenso tamaño y de imponderable precio. Allí estaban amontonadas con profusión las pedrerías sacadas de todas las partes del mundo y las perlas pescadas en los vecinos mares. Para espresar el árabe vencedor la inmensidad de aquellas riquezas, dijo haber encontrado más de tres mil millares de millones de monedas de oro (12). Presentáronle a Omar un mulo cargado con la tiara, la coraza, el cinturón, y los brazaletes de Cosroes. Quiso probarse el de tez cobriza estos espléndidos adornos, y sus compañeros no pudieron menos de reírse al vérselos puestos: entonces hicieron memoria los más devotos de que el Profeta había dicho: *Este se cubrirá los brazaletes de Cosroes*. Mandó echar la biblioteca real al Tigris. Llévaronle una alfombra de seda de sesenta codos en cuadro, cargada toda de preciosos bordados, y para cumplir rigurosamente la ley el ignorante bárbaro, la hizo cortar en pedazos para distribuirla entre sus compañeros: ahora bien, solo el fragmento que tocó a Ali fué vendido en veinte mil dracmas.

Así como Ecbatana y Babilonia habían sucedido a Ninive, luego a estas últimas Seleucia y Ctesifonte, todas vastas ciudades, que se habían levantado y desaparecido como un campamento, así a la abandonada Modain substituyó Cufa, donde los veteranos establecieron la guarida de sus rapiñas. No tardaron en ceder Jaloula y Nehavend, situadas al sur de Ecbatana; y la victoria de las victorias alcanzada por los árabes delante de esta ciudad sobre ciento cincuenta mil persas (642), que habían acudido a defender la independencia de su patria, acabó de determinar la caída del imperio de Arxatares.

Pasando los árabes de Amadan (*Ecbatana*) a Ispahan, a Caswin, a Tauris y a Rei, se adelantaron hasta las costas del mar Caspio; torciendo en seguida hacia Armenia y Mesopotamia, después de haber repasado el Tigris junto a Mosul, encontraron a sus compañeros de armas poseídos de júbilo a consecuencia del triunfo alcanzado por ellos sobre la Siria: finalmente, llegaron a Persépolis, primera capital del imperio de Ciro y santuario de los magos (645).

Apenas había sabido Isdegerdes la toma de Jaloula, se escapó a través de las montañas del Farsistan, fortificándose en Rei, donde se elevaba uno de los más antiguos templos de fuego. Pero vién-

(12) ELMACIN.

dose en breve atacado por el enemigo, se refugió en el desierto de Kirman, pidió socorro a los segestanos, y se detuvo en la estremidad en que el imperio de los turcos lindaba con el de la China. Este último se hallaba gobernado entonces por el gran Tai-Song, que no negó ayuda al monarca caído. ¡Cosa sorprendente! la China, aislada del mundo, sentía en las estremidades del Asia el rechazo del choque de aquellos beduinos, que apenas hacia diez años que se habían lanzado fuera de sus ignorados desiertos.

Prometió el califa Otman el gobierno del Corasan al que se aventurara antes que otro alguno en las populosas comarcas de que estaba formado el reino de la Bactriana, y el corcel del árabe no tardó en saciar su sed en las aguas del Oxo. Pero ya había atravesado este río Isdegerdes, después de haber encontrado hospitalario albergue en la Fargana, a orillas del Yaxartes. Volvía con los socorros que le había suministrado el rey de Samarcanda, con las hordas turcas de la Sogdiana y de la Escitia y los chinos de la frontera, a probar otra vez la suerte de las armas, cuando sus propias tropas, poco fieles a la desgracia, se rebelaron contra él. Forzado de nuevo a la fuga llegó al río Margo, donde encontró a un molinero que, sin curarse de la caída de los tronos, hacia andar a su molino. Le ofreció anillos y collares a trueque de que le trasladara al punto a la otra orilla; pero, poco enternecido el rústico de los altos infortunios del monarca, desconociendo el inmenso valor de aquellos adornos, le dió la siguiente respuesta: *Gano cuatro dracmas de plata al día y no quiero dejar mi trabajo si no me dais otro tanto*. Detención funesta, durante la cual, llegaron ginetes turcos y mataron al último Sasánida. Firuz, su hijo, se puso al servicio de los chinos. Habiendo concebido el hijo de éste el proyecto de encumbrarse al trono de sus ascendientes, tomó el título de rey de los reyes y se adelantó hacia la Persia; pero no encontrando allí la ayuda que había esperado, volvió a morir a la China.

El inmenso territorio de los reinos asiáticos, repartido entre sátrapas, casi independientes, no permitía reunir la energía de la nación en un solo esfuerzo defensivo: por eso hemos visto a los persas sucumbir muchas veces, bajo el choque de un puñado de hombres resueltos. Deseosos los sucesores del Profeta de establecer su dominación en estas comarcas y de fijar en ellas su residencia, repartieron la Persia entre sus diversos capitanes, señalando a cada uno una comarca, y encomendándole la tarea de consumir la opresión y de terminar la conquista. Zijad, que acabó de reducir el Irak bajo el califa Mohaviah, acreditó allí el rigor más feroz. Insultado por los habitantes de Cufa, les hizo encerrar en la mezquita donde cortó las manos a ochenta de ellos. Reprimidos fueron por él los careyitas y los parciales de Ali a fuerza de sangre; prohibió cerrar las puertas en Basora, de día ni de noche, y circular por las ca-

lles después de la oración de la tarde. Abul-Mogueira, musulmán ferviente en extremo, no quiso dejar de ir a la mezquita a cumplir sus devociones; y tanto a las promesas, como a las amenazas del gobernador, dió por única respuesta: *No puedo, aunque me diérais el universo.—Pues bien, vé, pero no hables.—No puedo abstenerme de ensalzar el bien, ni de reprobar el mal*. Zijad mandó que le cortaran la cabeza. Todavía más rígido que él, su lugarteniente Samra envió a la muerte en el espacio de seis meses a ocho mil habitantes de Basora.

Habían, pues, terminado la raza de los Sasánidas y la segunda dominación de los persas: apagóse, pues, de nuevo el fuego en los altares de los magos, y solo fué mantenido secretamente por los güebros, tolerados como los cristianos y los judíos. El mandil del herrero, enarbolado en tiempo de Abraham, para arrancar el país de la tiranía de Zoak, abatido por los partos, rehabilitado de nuevo por Artaxares, fué esta vez hecho pedazos. Ya no recuperó Persia su independencia hasta la época en que Ismail-Sofi, árabe de origen y siita de creencia, fundó allí una nueva dinastía (1499), rival de la de Otman, que se había sentado en el trono de los Constantinos.

Egipto.—Había sido derrocado otro antiguo reino por Amrú. Nacido de una prostituta, y después de haber sido en un principio adversario satírico de Mahoma, fué después de su conversión una excelente espada y mostró una voluntad enérgica en aquel belicoso apostolado. Hacia la guerra en Siria, cuando ganoso de alcanzar triunfos iguales a los de Kaled y de Abu-Obeidah, dirigió cuatro mil hombres sobre Egipto, que obedecía de nombre, aunque no de hecho, al imperio romano. Cuando lo supo Omar, se espantó de su audacia. Sin embargo, sometiendo su prudencia al fatalismo, escribió al general aventurero: *Si esta carta te halla todavía en Siria, retrocede al punto: si has traspuesto ya las fronteras del Egipto, marcha y confía en el socorro de Dios y de tus hermanos*. Presintiendo Amrú el contenido del despacho, aguardó a abrirle en el territorio egipcio: allí se lo enseñó a sus oficiales, y siendo todos de parecer de seguir adelante, continuó su marcha, tomó a Pelusa (638) llave del país, y penetró en el valle del misterioso Nilo. También se apoderó de Menfis, antigua residencia de los Faraones, y en la orilla opuesta se elevó una ciudad llamada actualmente el viejo Cairo.

En su conquista fueron ayudados los árabes por los coftos, primitivos moradores del país, temerosos de la intolerancia de los emperadores de Constantinopla, quienes pretendían convertirlos al catolicismo, de jacobitas que eran todos, y hacerles abandonar su lengua y su escritura nacional por las de los griegos; aprovecharon con avidez esta ocasión, de recobrar su religión y su independencia. Mukaucas, rico y noble personaje del país, que disimulando sus creencias había obtenido la intendencia del alto Egipto, se había apresurado a

enviar comisionados que tributaran homenaje a Mahoma, tan luego como vió que su poder subía de punto: en cambio el Profeta le reconoció como príncipe de los coftos. Entonces hizo su sumisión al califa, y se comprometió a pagarle una moneda de oro por cada cristiano, esceptuando, no obstante, los viejos, los monjes, las mujeres y los niños de menos de diez y seis años.

A este precio adquirieron los jacobitas su tranquilidad, y en todo Egipto se disputaban a porfia sobre quién perseguiría con más encarnizamiento a los griegos, y haría a Amrú mejor acogida. El general árabe, cuyo ejército se había aumentado, lo condujo desde el país alto al Delta, y luego sobre Alejandria. El patriarca Ciro, que ocupaba la silla arzobispal, después de haber espulsado de ella al hereje Benjamin, empleó todos sus esfuerzos a fin de conjurar la tempestad por medio de negociaciones; nada menos se proponía que convertir al califa, casarle con la hija de Heraclio, y asegurar de esta suerte la paz del mundo.

Sitio de Alejandria.—Bien pronto se disiparon estos generosos ensueños a los gritos de *Alah Akbar*, lanzados por los musulmanes, que se presentaban amenazadores bajo los muros de Alejandria (640). Esta importantísima ciudad estaba fortificada con todos los recursos del arte, tanto por el lado del mar, como por la parte de tierra. Si Heraclio la hubiera socorrido, su auxilio habría producido grande efecto en el valor de los ciudadanos, que sostuvieron con intrepidez un sitio de catorce meses, sostenido por los árabes con todo el valor que puede suplir la falta de máquinas de guerra. Veinte y tres mil de ellos perecieron en los repetidos asaltos que les dieron, y en los cuales peleaba siempre Amrú en las primeras filas, y subía a la brecha antes que otro alguno. Habiéndose adelantado un día temerariamente en la ciudadela, se halló solo con un amigo y un esclavo: hecho prisionero, sin haber sido reconocido, fué llevado con su esclavo Moslema ante el prefecto, quien les preguntó con áspero tono, por qué hacían tanto daño en las tierras de los cristianos. *Venimos*, respondió Amrú, *para obligaros a abrazar el islam, ó a pagar un tributo anual al califa: de lo contrario, seréis pasados a cuchillo*.

Este lenguaje altanero le hubiera vendido, a no haber tenido su esclavo la suficiente presencia de ánimo para darle una bofetada, mandándole que delante de su superior guardara silencio. Este artificio produjo su efecto, y Moslema fué puesto en libertad con sus dos presuntos esclavos para obtener condiciones de paz. El grito de todo el campamento enteró a los sitiados del engaño de que habían sido juguete, y el aumento del peligro consecuente a la audacia que recobró el enemigo.

Poco tiempo después escribía Amrú a Omar: «La gran ciudad del Occidente ha sido tomada por los tuyos con una valentía, un ardor que no tienen ejemplo. Su opulencia, su hermosura, no se pueden explicar con palabras: contiene cuatro mil

palacios, otros tantos baños, cuatrocientos teatros ó sitios de diversiones, doce mil tiendas de comestibles, cuarenta mil judíos que pagan tributo, doscientos mil entre coftos y griegos, que lo pagarán en lo sucesivo. Ha sido tomada á viva fuerza y sin capitulación ninguna, lo cual hace que los musulmanes aguarden con impaciencia el fruto de la victoria.»

La Biblioteca.—Omar no les concedió el saqueo: mandó que las riquezas conquistadas se reservaran para los servicios públicos y para la propagación de la fe. Cuéntase que Amrú, menos grosero que sus compatriotas, se complació algunas veces durante su permanencia en Alejandria, en platicar con el gramático Juan, peripatético laborioso, que se arriesgó á pedirle como regalo la biblioteca real, tesoro sin valor para aquellos conquistadores iliterados. De buena gana se la hubiera cedido Amrú; pero exigiendo Omar una cuenta detallada de todos los despojos, le envió á pedir su beneplácito con este objeto. Añádese que la respuesta del caudillo de los fieles fué la siguiente: *Si esos escritos son conformes al libro de Dios, vienen á ser inútiles, si le son contrarios no deben tolerarse.* En su consecuencia, todos los papiros distribuidos entre los cuatro mil baños de Alejandria, sirvieron para calentarlos por espacio de seis meses. Aunque este hecho reposa solo sobre la fe de un narrador tardío (13), concuerda perfectamente con la índole de los vencedores. Créase ó no en este hecho, es exagerar la importancia del estrago suponer que se trata aquí de la biblioteca reunida en el Bruquion por los Tolomeos, puesto que se sabe que fué incendiada en tiempo de César, ni de la que se formó en el Serapion por Marco Aurelio, dispersada en la época de Teodosio tan completamente, que no quedaron más que los estantes vacíos (14). Admi-

(13) Abdalatif, escritor del siglo XIII, en el *Compendium mirabilium Aegypti*. De él lo tomó Abulfaraj, cristiano jacobita, nacido en el Asia Menor en 1226. Ebn Kaldun, autor del VII siglo de la Egira, escribió lo siguiente: «¿Qué se hicieron las obras científicas de los persas que hizo destruir Omar cuando conquistó el país? ¿Dónde están las de los sirios, las de los caldeos y babilonios? ¿Dónde están las de los egipcios que les precedieron? Solo han llegado hasta nosotros los trabajos de un solo pueblo, es decir, los de los griegos.» Citamos este pasaje, no para prestar apoyo al hecho antes apuntado, sino para indicar que las fuentes griegas no son las únicas en que pudieron beber los árabes las nociones científicas á ellos atribuidas.

(14) Paulo Orosio dice: *Extant, que et nos vidimus, armaria librorum, quibus direptis, exinanita ea a nostris hominibus nostris temporibus.* Hist. VI, 15. El dilema de Omar fué renovado muchas veces en la época de la reforma. Después de haber quemado vivo los reformados al cura de Berze, se precipitaron sobre la célebre abadía de Cluny, y destruyeron allí códices y cartas, diciendo que todos eran libros de misa. TEODORO DE BEZA. El anabaptista Rothmann, en Munter, proclamó que la Biblia era la única necesaria, y que se debían quemar todos los demás libros, como inútiles y peligrosos; lo cual hizo que se pren-

tiendo que estas pérdidas hubieran sido reparadas en parte, la última colección no podía tener grande importancia, ni por el número de las obras, ni por su rareza.

La pérdida de Alejandria fué más penosa que cualquiera otra en Constantinopla, pues la privaba de los acostumbrados subsidios del trigo. Esta fué una cruel aflicción para los últimos días de Heraclio. Su sucesor intentó recuperarla, y el puerto del Faro, así como las fortificaciones, fueron tomadas y perdidas dos veces. Pero Amrú se presentó siempre á rechazar á los griegos y juró *hacer á Alejandria accesible de todas partes como la morada de una prostituta.* Con efecto, la desmanteló completamente: enseguida se ocupó en consolidar su conquista, haciendo incursiones en la Cirenaica, y aliándose con los berberiscos, pueblo nómada con las mismas costumbres que los árabes, y al cual dió Omar el título de hermanos.

Tuvo Egipto que padecer á la vez los males de la invasión y del triunfo de una facción nacional; pero Amrú la sometió á una administración vigorosa, aunque tolerante. Hizo que los granos de este país fértil proporcionasen á la Arabia la abundancia de que hasta entonces habian gozado las capitales del mundo romano. Fué puesto el Nilo en comunicación con el mar Rojo por el canal de Kolzum, de ochenta millas de largo. Sustituyeronse nuevos tributos á la injusta capitación que fué suprimida, y la tercera parte de sus productos fué destinada al sostenimiento de los diques y canales. Pareció que el país cobraba nueva vida bajo una administración más sencilla y más de acuerdo con su naturaleza (15).

diera fuego á la biblioteca de Rodolfo Langio, completamente de manuscritos griegos y latinos. *CAT. Hist. del anabaptismo*, lib. V, pág. 101.

(15) Relacion transmitida segun el historiador Al-kerdi por Amrú al califa Omar.

«En el nombre de Dios, etc. Al sucesor del Profeta, salud. Figúrate una hermosa campiña, situada entre dos desiertos y dos hileras de montañas, semejantes al lomo de un camello ó al vientre de un caballo ético. Todos los ricos productos de Siene á Meroé son debidos al río bienhechor que resbala magestuosamente por medio del gran valle: crece y disminuye en tiempos tan regulares como el curso del sol y de la luna. En esta estación dada del año, todos los manantiales pagan á este rey de los ríos, el tributo anual impuesto por la Provincia. Sus aguas se elevan hasta que rebosan sus orillas, cubren todo el Egipto, depositando allí un limo fecundo. Las comunicaciones entre las ciudades y aldeas se ven con ayuda de lijeros barcos, tan numerosos como las aves que caen de las palmeras. Cuando no son necesarias las aguas para el abono del terreno, dócil el río, tornalla el su cauce, á fin de que se puedan recoger los tesoros que deposita en el sembrado.

«Este pueblo, protegido por el cielo, que parece destinado como las abejas á trabajar para otro sin sacar provecho de sus trabajos, labra superficialmente el terreno, y depositando allí semillas poco agrupadas, aguarda á su fecundización de la bondad de aquél para quien todo es

Amrú le gobernó mientras vivió Omar, luego Otman envió en su lugar á Abdalah, su hermano de leche, que habia servido á Mahoma en calidad de escribiente. Este corrompia sus revelaciones para entregarlas á sus enemigos como asunto de escarnio y de calumnia. Arrepentido de sus desmanes, obtuvo el perdón de ellos; y para borrar su apostasia, justificando la elección del califa, se propuso someter el Africa desde el Nilo al Atlántico. Entró, pues, á la cabeza de cuarenta mil guerreros en la provincia de Trípoli, donde se habian retirado los romanos, así como los moradores fugitivos de los países ocupados. Allí reunió el exarca Gregorio ciento veinte mil soldados, moros en su mayor parte; y habiendo encontrado al enemigo, le dió batalla por espacio de muchos días consecutivos. Habia prometido Gregorio 100 monedas de oro y la mano de su hija, que peleaba á su lado, al que le presentara la cabeza del general

crece y madura. Se desarrolla el grano, brota el tallo, madura la espiga alimentada por copiosos rocios que suplen á las lluvias y mantienen la humedad en que está empapado el suelo. La rica cosecha es inmediatamente seguida de la esterilidad. De este modo, emperador de los fieles, esta comarca presenta alternativamente la imágen de un polvoroso desierto, de una llanura líquida y argentada, de un pantano negro y fangoso, de una pradera verde y ondulante, de un jardín esmaltado de flores, y de un campo cargado de rubias mieses. ¡Bendito sea el autor de tantas maravillas!

«Te propongo tres cosas, emperador de los fieles, para la prosperidad del Egipto y ventura de sus moradores, que si son ejecutadas, harán llover las bendiciones del cielo sobre la cabeza de los fieles: 1.^a que no se aumenten los tributos; 2.^a que la tercera parte de la renta pública se invierta en el sostenimiento de canales, puentes y diques; 3.^a que la percepción de los impuestos se haga en especie sobre los diversos productos de la tierra. Procede así, si quieres que la felicidad resida entre tus nuevos súbditos. ¡La paz y la bendición del cielo sean sobre tí, emperador de los fieles!»

árabe. Abdalah prometió otro tanto, aunque con mejor éxito. Sin embargo, Zobeir, que derribó la cabeza del exarca, rehusó el premio, pareciéndole indigno de un creyente recibir dinero y una cristiana.

Adelantáronse los árabes hasta Sufetala (*Sabtele*), haciendo reconocimientos hasta en los valles del Atlas; pero agotados de fuerzas por lo prolongado de la guerra y por las enfermedades, regresaron á Egipto para gozar allí de su botín. Era tan enorme que tocaron 1,000 monedas de oro á cada infante y 3,000 á los ginetes. Poco tiempo después (31 de la Egira) Alí Sarh condujo á los árabes á la Nubia, donde batallaban aun los nubienes ó nobados con los blemios, quizá todavía idólatras. Dongola, capital de aquel país, entró en negociaciones, y los reyes se comprometieron á pagar el tributo anual de trescientos sesenta esclavos, en cambio de los cuales los califas debían darles un regalo de granos y vituallas. La negativa de semejante tributo ó la tardanza en satisfacerlo eran motivo de guerras que se renovaban sin cesar.

Quizá por él principió la trata periódica de esclavos negros que hacían las caravanas del Senaar, esclavos que habiéndose esparcido por el Egipto alteraron la raza indígena, y facilitaron la fusión de los vencedores con los vencidos. Macrizi asegura que las tribus conquistadoras se confundieron pronto con las conquistadas; y en efecto, vemos al comercio emprender de nuevo su acostumbrado curso y la religion, protegida hasta el punto de levantarse iglesias coftas al lado de las mezquitas. Muchos, sin embargo, se refugiaron en la Nubia, donde vivieron aislados á estilo de pastores; después, en el año 703, todos los cristianos de Egipto fueron sometidos á un tributo personal, y se les imprimió en la mano con un hierro ardiendo un león, cortándose ambas manos al que no llevase esta marca. Un rey de Nubia se puso en marcha (743) seguido de un grande ejército, para impedir esta opresión, y consiguió aligerarla algun tanto.